

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

¿Andante o fuga?

Sin el auxilio directo de quienes lo asesoraban en materia política (Camacho lejano y en desgracia política; Chirinos en pos de su propia salvación; Córdoba, distante y en conflicto de lealtades) la destreza de Carlos Salinas para calibrar su propia situación y los alcances de sus actos disminuyó sensiblemente.



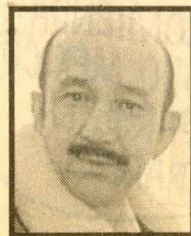
Elex Presidente Carlos Salinas amaneció ayer domingo en los Estados Unidos. No se sabe, hoy, si 1) partió por voluntad propia, consciente de sus errores de cálculo, que lo condujeron al rechazo generalizado y al ridículo evidente. O, 2) si acató una sugerencia presidencial, que incluyó los boletos de avión para viajar a Nueva York, a fin de que cumpla la regla de no intromisión que afecta a los antiguos titulares del Poder Ejecutivo. O si, 3) eligió el exilio, pactado o por su cuenta y riesgo, ante el riesgo de que su nombre aparezca en expedientes judiciales.

Es difícil creer en la primera posibilidad, la del autoexilio de Salinas. Para tomar ante su propia consciencia, sin coerciones exteriores, la decisión de marcharse, el ex presidente hubiera requerido una fuerte dosis de prudencia política cuyo ejercicio no era su dote principal. Es verdad que sus habilidades políticas, y las de sus consejeros y colaboradores, lo hicieron Presidente de la República, tras un periodo de gran influencia en el sexenio precedente. Pero su desdén de fondo por la actividad de los políticos, y su arrogancia de poderoso, lo hicieron incurrir ya como jefe del Estado, en multitud de errores y deslices que pretendió corregir con nuevos deslices y errores. De modo que, sin el auxilio directo de quienes lo asesoraban en esta materia (Camacho lejano y en desgracia política; Chirinos en pos de su propia salvación; Córdoba, distante y en conflicto de lealtades) la destreza de Salinas para calibrar su propia situación y los alcances de sus actos disminuyó sensiblemente, como se apreció en los días recientes, cuando apareció en público desprovisto del maquillaje que da el poder.

Cabe entonces la segunda posibilidad, la de que el Presidente Zedillo hubiera resuelto demandarle disciplina y lo instara a irse del país. Si fue este extremo el que se cumplió, la actitud presidencial debe ser justificada y aplaudida, no como un gesto autoritario, que en ningún caso es tolerable, sino como un acto de respeto a sí mismo y a la institución presidencial.

Se trataría de una actitud semejante, toda proporción guardada, a la que se recordó aquí el jueves pasado, asumida por el presidente Cárdenas en abril de 1936, cuando invitó al general Calles a retirarse de la política mediante su salida del país. Aunque en la forma se produjeron analogías entre aquel momento y el ocurrido el sábado anterior (un mensajero portador del perentorio recado, un viaje en avión, un destino más allá del río Bravo), los tamaños de los personajes en cada uno de los episodios hace imposible la comparación exacta. Es mejor, si se trata de buscar cercanías entre episodios parecidos, evocar el modo en que el presidente López Portillo (que hoy convalece de un apremio de salud, tras haber sido aliviado por la historia, a causa del contraste entre su epílogo presidencial y el de Salinas) resolvió la dificultad de su antecesor y amigo, Luis Echeverría, para despojarse plenamente del poder.

En efecto, de diversas maneras Echeverría pretendió aprovechar la inexperiencia política de López Portillo para prolongar su mandato, preservando las formas. Pero no contó con la voluntad de su sucesor y la astucia y determinación de don Jesús Reyes



Para tomar ante su propia consciencia, sin coerciones exteriores, la

decisión de marcharse, el ex presidente hubiera requerido una fuerte dosis de prudencia política cuyo ejercicio no era su dote principal.

Heróles. Ambos dismantelaron el cerco tendido por Echeverría en torno del nuevo Presidente y luego persuadieron a don Luis a ingresar en el servicio exterior, primero como embajador itinerante (a efecto de que no convirtiera su residencia en cuartel de operaciones) y luego como representante mexicano en las antípodas, es decir en Australia y en las islas Fidji, una región remota como ninguna.

La tercera posibilidad, la de la huida ante un riesgo penal, por lejano que parezca, admite dos variantes. Una consiste en que la marcha se haya pactado, lo que implicaría un perdón anticipado, la prolongación con efectos prácticos de la disculpa anticipada por el procurador Antonio Lozano sobre las relaciones entre el ex presidente y el caso Colosio. La otra sería simple y llanamente una fuga, una acción destinada a frustrar o retrasar al menos las consecuencias de hallazgos incómodos en las varias investigaciones, sobre delitos patrimoniales, por ejemplo, que se derivan de la acusación, principal lanzada contra Raúl Salinas de Gortari y Mario Ruiz Massieu.

Preferimos descartar por completo la primera variante de esta posibilidad. Es cierto que el descrédito público hace débiles las más firmes expresiones gubernamentales, pero serían incontrolables, por descomunales, las consecuencias de desmentir la promesa presidencial sobre el fin de la impunidad con el otorgamiento de una absolución basada sólo en la conveniencia política. Por eso cabe pensar en una fuga, aunque pudiera ser tan deliberadamente admitida como lo fue la de Ruiz Massieu porque no existe una acusación formalizada contra el ex Presidente.

Parecen inevitables, sin embargo, las consecuencias políticas, aunque no necesariamente penales, de las indagaciones judiciales en curso. En un acto que puede ser elogiado si surge de la pura amistad sólida, que es más apreciable cuando soplan vientos de fronda, el señor Roberto González Barrera, banquero, industrial maicero y consuegro del profesor Carlos Hank, puso un avión de su empresa Maseca a disposición de la familia Salinas, que lo usó anteayer para trasladarse a Nueva York. El mismo aparato había traído y llevado a Monterrey al ex Presidente durante la célebre anécdota de su ayuno regiomontano. Pero ese gesto de largueza y fraternidad podrá ser calificado de otro modo si se comprueban las denuncias, no de ahora, sino de tiempo atrás, sólo que documentadas recientemente, que atribuyen a maniobras burocráticas de Raúl Salinas, practicadas cuando trabajó en Conasupo, la instauración de una política de producción y comercio maicero en que González Barrera resultó ganancioso de modo ilegítimo, pero no a solas.